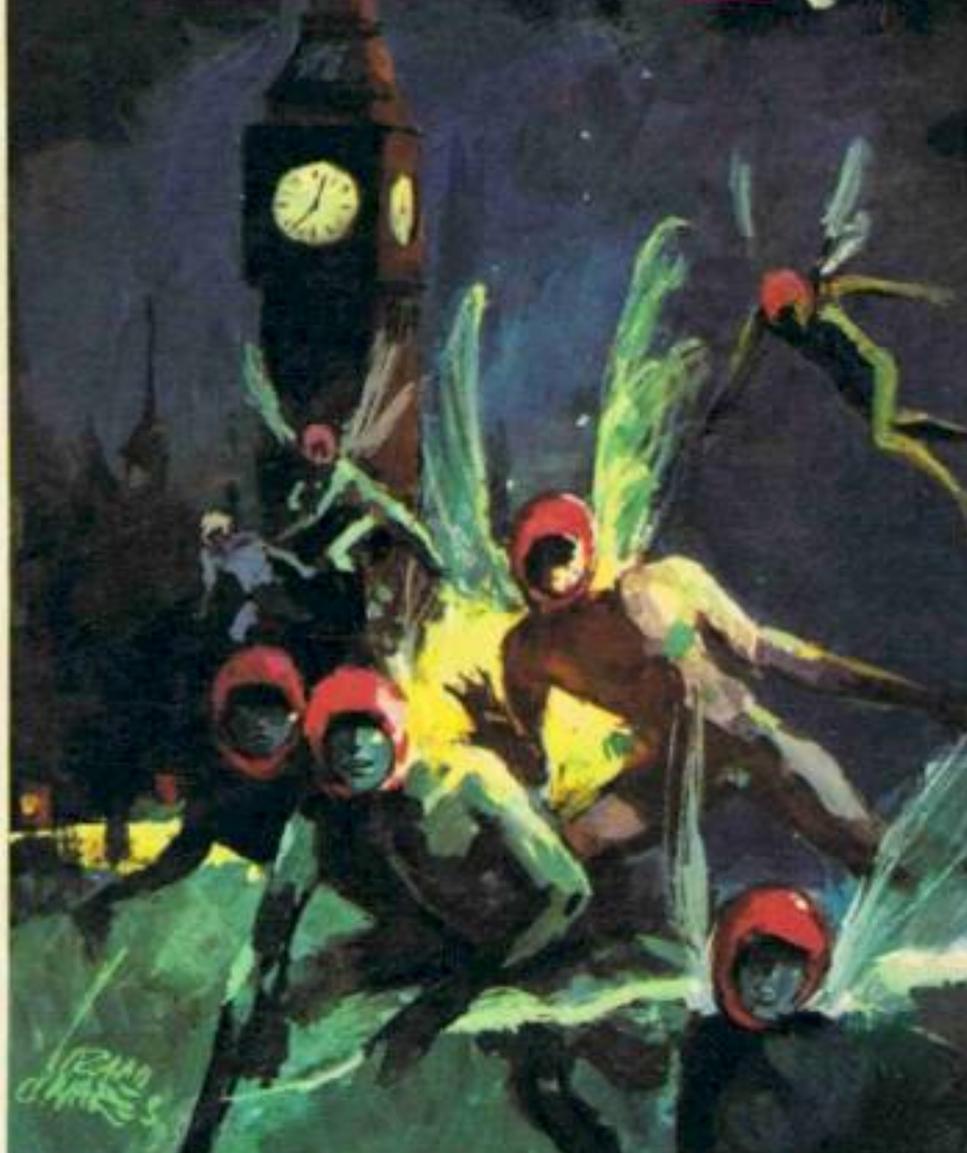


# CIENCIA FICCION

SELECCION **19**



Estas antologías son una selección de los relatos publicados en la revista estadounidense *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, considerada la más importante del mundo en los géneros de anticipación y fantasía científica.

## Contenido

Presentación: *Tradición y vanguardia en la SF*, Carlo Frabetti.

*Los días del perro (Dog Days)*, Kit Reed, 1971.

*La aventura del cliente marciano (The Adventure of the Martian Client)*, Manly W. Wellman & Wade Wellman, 1969.

*Londres Melancolía (London Melancholy)*, M. John Harrison, 1969.

*Fórmula para un bebé especial (Formula for a Special Baby)*, Julian F. Grow, 1969.

*Por el amor de Grace (For the Sake of Grace)*, Suzette Haden Elgin, 1969.

*Enigma en Kort (Trouble on Kort)*, William M. Lee, 1969.

## PRESENTACIÓN

### Tradición y vanguardia en la SF

*La relación de la ciencia ficción con la ciencia no es meramente —ni siquiera principalmente— temática. Al ser la SF<sup>[1]</sup> un género eminentemente especulativo, se parece a la ciencia, entre otras cosas, en la posibilidad (o casi habría que decir la necesidad) de investigar a partir de lo ya investigado por otros, por lo que con el tiempo se han ido estableciendo una serie de convenciones y símbolos que constituyen un patrimonio general de los escritores del género, una especie de lenguaje técnico de la SF al que se puede y se debe recurrir para lograr una economía de expresión. Por no poner más que un ejemplo, muchos autores utilizan la hipótesis de un «hiperespacio» para compatibilizar los viajes a velocidades superiores a la luz con la teoría de la relatividad, sin molestarse en explicar qué es ese hiperespacio, dando por sentado que el lector ya conoce el convencionalismo.*

*Es por tanto frecuente, más que en cualquier otro tipo de narrativa, que un autor recoja, abierta y solapadamente, un tema de otro para prolongarlo o enfocarlo desde un nuevo ángulo, del mismo modo que un matemático puede establecer una variante o una derivación de un teorema enunciado por un colega.*

*En La aventura del cliente marciano, por ejemplo, los autores narran una anécdota relacionada con la invasión de*

*Londres por los marcianos tal como la describió Wells (que, por cierto, aparecía como «estrella invitada» en un relato similar de Aldiss publicado en la selección 16: El árbol de saliva). Por otra parte, Fórmula para un bebé especial se acoge a un viejo recurso de la SF, consistente en imaginar una participación extraterrestre en determinados sucesos más a menos trascendentales.*

*Pero, al igual que a menudo ocurre en la ciencia, ha habido momentos y corrientes de la SF en que tanto barajar una y otra vez los mismos símbolos y convencionalismos ha dado lugar a un cierto estancamiento. Contra este peligro de anquilosis de lo que podríamos llamar la SF «tradicional» —que conoció en la primera década de la posguerra su llamada Edad de Oro—, se produjo en los 60, especialmente en Gran Bretaña, un movimiento de renovación llamado Nueva Cosa, que pretendió dotar a la SF de un nuevo lenguaje y nuevos campos de especulación. «Hemos de preocuparnos menos del espacio exterior y más del espacio interior del hombre», propugnaba el autor británico J. G. Ballard, iniciando una interesante corriente de SF psicologista que merecería haber tenido más continuadores.*

*En esta selección se incluye un relato del editor de New Worlds, la desaparecida revista británica que durante un tiempo fue el principal órgano de expresión de la Nueva Cosa, relato en el que el lector sensibilizado al género detectará un claro intento de renovación formal. Pero también cabía una renovación «desde dentro», una SF formalmente «clásica» y que, sin embargo, supusiera un avance y una profundización en los temas especulativos. Tal es el caso, por ejemplo, de esa primera dama de la SF que es Kit Reed, vieja conocida de nuestros lectores habituales, con uno de cuyos últimos relatos comienza esta decimonovena selección. Lo cual, como comprobará usted inmediatamente, es un excelente comienzo.*

CARLO FRABETTI

## LOS DÍAS DEL PERRO

Kit Reed

*La especialidad de la excelente autora estadounidense Kit Reed, de quien nuestros lectores ya conocen varios relatos (La parra, Tengo un tigre en casa, Cinosura...), consiste en poner en evidencia las contradicciones de nuestra sociedad planteando situaciones límite y aparentemente absurdas, pero que resultan altamente desazonadoras por su indudable conexión con la realidad actual. He aquí una irónica alegoría sobre nuestras cada vez más inhóspitas «junglas de asfalto», al final de la cual el lector no sabrá si echarse a reír o a temblar.*

Aquella tarde, cuando Norton Enfield volvía a casa por el parque, estaba contento y pesaroso por no tener consigo a «Dirk». Mientras lo tuviese escondido en su casa, «Dirk» estaba a salvo, igual que todo lo del apartamento. Además, Enfield nunca se sentía cómodo con él; «Dirk» se movía con gracia aterciopelada, sin que apenas bastase la mano de Enfield para sujetar su correa. El joven tenía que reconocer que se sentía más a gusto enfrentado a fotógrafos, desviados y otros diversos peligros, que bajo la vigilante mirada amarillenta del perro. Siempre se había sentido inquieto ante el aura de poder comprimido del Doberman, sus colmillos rutilantes, y los músculos tensos y acerados bajo el reluciente pelaje. «Dirk» cuando él y Myrna hablaban, les contemplaba paseando la mirada del uno al otro, y Enfield, más de una vez, había llevado a su esposa a la cocina, a fin de poder conversar con ella a solas. No podía ahuyentar la sensación de que el perro comprendía y desaprobaba cuanto él decía. Sin embargo, con «Dirk» a su lado, Enfield no habría perdido su cartera, ningún canalla se habría atrevido a atacarle y, ciertamente, nadie le habría vaulado; al contrario, Enfield habría experimentado el placer de ver cómo «Dirk» desgarraba las gargantas de sus agresores antes de que pudieran gritar pidiendo auxilio.

Había dejado a «Dirk» en casa porque Myrna insistió en ello: las brigadas de contaminación empezaban a ampliar sus búsquedas y sus misiones de destrucción, y emboscados detrás de cada arbusto había vigilantes civiles con redes y automáticas bien cargadas. Al salir del apartamento, le pasó por la mente que, si perdía a «Dirk», él y Myrna es-

tarían ya completamente solos, pero Myrna había dicho simplemente:

—No te llevarás a «Dirk», no; al menos, tal como están las cosas.

Y el perro enseñó los dientes, empezando a gruñir.

«Dirk» era el perro de Myrna, realmente; lo había llevado a casa después de que la habían atracado en el ascensor por cuarta vez en una semana. Enfield volvió del trabajo, y la encontró en la salita con un cachorro de patas delgadas que no correteó ni saltó como suelen hacer los cachorros, sino que levantó la cabeza como un caballo de carreras y le miró con un ojo bordeado de blanco.

—¿Qué es esto?

—Mi protección.

Myrna estaba acurrucada en el suelo, junto al perro, mirándole a través de una mata de pelo oscuro, muy brillante.

—¿Verdad que es adorable?

La cabeza del perro tenía forma de diamante, como la de una serpiente, y dirigió a Enfield una mirada madura, de cálculo.

—¿Cómo se llama? —inquirió Enfield.

Myrna, que siempre había llamado Norty a Enfield, y se burlaba de él por no tener un nombre cortante como una daga, repuso:

—«Dirk». Es muy cariñoso, y es tan hermoso como un chiquillo. «Dirk Storm».

—Bien, supongo que vas a posponerlo al bebé.

—Por algún tiempo.

Graciosamente, la joven ladeó la cabeza, que era tan sedosa como la del cachorro.

—Bien, habrá que adiestrarlo.

De modo que el perro, desde el principio, fue de Myrna y vigilaba todos los movimientos de Enfield con gran celo, tensándose sobre sus patas traseras cuando éste pretendía abrazar a su esposa, y gruñendo roncamente cuando Enfield levantaba la voz. Más de una vez, el joven se despertó

sobresaltado, casi seguro de haber escuchado una respiración dentro de la habitación, y no había podido abrazar a su esposa en la cama sin pensar en el perro. Aunque «Dirk» estaba encerrado en la cocina, Enfield no lograba librarse de la vívida imagen del perro erguido en el tocador, dispuesto a abalanzarse al más ligero movimiento de Enfield hacia Myrna. Aunque «Dirk» le había salvado de que le robaran más de una vez y había atacado a un ladrón en el vestíbulo, salvándole de esta manera la vida, Enfield siempre lo consideraba con emociones encontradas. Precisamente con estas mismas emociones, había visto a los celosos vigilantes entrar en acción, por lo que pudo compartir el pesar de Myrna cuando el alcalde eligió su espectáculo nocturno musical del domingo para anunciar la creación de lo que, eufemísticamente, llamó la brigada anticontaminación.

—¡Es un asesino! —gimió Myrna, echándose a llorar—. Es como en los campos de concentración.

—Los perros ensucian las aceras, Myrna. Nos hundimos hasta las rodillas en sus excrementos y, además, ellos despedazan a los chiquillos en las calles.

—Sus madres deberían tener más cuidado.

—Temo que este asunto haya ido ya demasiado lejos —replicó Enfield, y añadió—: Y ha escapado a nuestro control.

Así, cuando aquella tarde llegó a su casa por el parque, pudo oír el distante sonido de unos disparos y unos gritos de dolor, alaridos y gruñidos, y, más cerca, un búho que dejó oír su ulular en medio de los otros rumores, entremezclándose a los demás en su incalculable dolor. Cuando dobló la última esquina, Enfield tropezó con el origen de todo eso: una vieja dama con la nariz levantada y la garganta hinchada por la angustia, inclinada sobre el cadáver de un pequinés.

—Nunca ladraba —gimió cuando él trató de calmarla—. Nunca mordió a nadie ni apenas molestó, al menos que yo

sepa, y siempre tuve mucho cuidado de él. Y cuando se encuciaba, yo lo recogía con mi palita de plata, me lo llevaba a casa y lo tiraba por el retrete... y... oh, oh, oh... —sollozó, acabando por articular un gemido ronco.

—Estoy seguro de que significaba mucho para usted, señora —manifestó Enfield, que habría hecho cualquier cosa para que aquella dama dejara de sollozar—. Tal vez hubiera usted podido disecarlo.

—¡Disecarlo! —chilló la dama—. ¡Disecarlo!

Enfield se marchó precipitadamente, ya que la mujer se había vuelto hacia él con la sana intención de destrozarle.

En la avenida, otro dueño de un perro, muy alterado, luchaba por salvar su vida; la brigada de anticontaminación había atrapado a su animal y una manada de perros salvajes se había precipitado sobre su cadáver. Ahora ya habían terminado con él y estaban atacando al dueño, sedientos aún de sangre. Enfield miró a su alrededor en busca de un bastón u otro objeto contundente, pero no había nada.

—¡Póngase a salvo! —le gritó el otro, desapareciendo entre un torbellino de colmillos y garras.

Enfield miró otra vez en busca de la brigada anticontaminación, pensando que quizá ellos podrían hacer algo, pero debían de haberse metido ya en su camioneta tan pronto como concluyeron su trabajo. Al fin y al cabo, era más seguro perseguir a los perros sujetos por correas que correr tras los perros salvajes que se ocultaban en el parque. Era más fácil seguir la ley al pie de la letra y caer sobre el chucho bien educado de una casa de postín o sobre el grueso perro de aguas que sigue sumisamente la correa. Casi todos los dueños de perros los tenían dentro de sus casas, o los sacaban sólo de noche, intentando esquivar la brigada que patrullaba las veinticuatro horas del día. Cuando la brigada se abatía sobre un animal para cumplir su deber, el propietario de aquél contemplaba ensimismado el collar vacío, y la correa colgante, murmurando:

—¡Si el pobrecito gimió y suplicó hasta que no tuve más remedio que sacarlo!

Los que poseían más fuerza de carácter habían ya liberado a sus perros, esperando que sobreviviesen en el parque. Podían acudir a una cita nocturna ocasional y, con suerte, los dueños conseguían cruzar algunas palabras amables con el amado perrito, antes de que volviese a huir, perseguido por la manada de colegas salvajes. Enfield se preguntó si a «Dirk» le gustaría citarse con Myrna en el parque, pero ya tenía la respuesta: a veces, parecía como si ellos estuviesen al servicio del perro, y no éste al suyo.

A sus espaldas oyó gruñidos y ruidos más siniestros aún. Era la época en que un perro se zampaba a otro, era verdad, y Enfield huyó por la avenida.

La marcha le resultó pesada; el tráfico no avanzaba desde varias semanas antes, lo que significaba tener que saltar por encima de los «Volkswagen» mohosos, y de los taxis arrimados uno al otro. Los autos abandonados ocupaban tanto espacio que los perros estaban como aprisionados en las aceras, y por entonces éstas se hallaban llenas de basura, desperdicios y excrementos, con alguna carcasa que mostraba huellas de galantería o carnicería, según. Desde el anuncio del alcalde, sanidad se había dedicado al exterminio, y no parecía poder solucionar el problema. El programa se hallaba en su quinta semana y el maldito asunto no había mejorado, sino empeorado. Los perros vagabundos habían aumentado y, además, varios seres humanos habían tomado las aceras como lavabos, formando parte de un movimiento radical destinado a demostrar algo ignorado.

Tal vez debido a la falta de éxito, las brigadas de anti-contaminación se tornaban cada vez más rudas y crueles; habían empezado ya a trabajar en los portales de los edificios, sobornando a los porteros para que les dijeran cuántos perros habitaban en ellos y cuándo solían sus dueños sacarlos fuera.

Ante la insistencia de Myrna, Enfield mantuvo a «Dirk» dentro del apartamento desde el principio. Myrna creía, por lo visto, que fuera de vista significaba también fuera de pensamiento, y había hecho cuanto pudo para ejercitar al perro dentro del apartamento, enseñándole a saltar sobre la mesita del café a rebotar contra la puerta y luego a dar otro salto. Cuando Enfield contemplaba a «Dirk» con expresión de duda la joven se ponía a la defensiva, y determinó enseñarle a «Dirk» a ir al lavabo. Enfield supuso que esta crisis terminaría como habían terminado otras, pero no le gustaba la expresión que ofrecía el perro, como si estuviese enterado de la amenaza exterior, ni le gustaba su aguzado nerviosismo ni la forma inquieta en que se paseaba, al no poder bajar al parque. El perro, decidió Enfield, estaba a punto de estallar, y a su regreso al hogar aquella tarde, el joven decidió también que aprovecharía el momento adecuado y pondría un poco de veneno en el plato del chuchó; el veneno lo llevaba ya en el bolsillo. Myrna nada sabía, y a pesar de su subsiguiente vulnerabilidad a los ladrones y atacadores, estaba convencido de que todo saldría bien.

Myrna le recibió en la puerta.

—¿Te has enterado?

—¿De qué?

—Ya no atrapan a los perros en las calles. Los buscan de puerta en puerta.

Enfield miró hacia «Dirk»; el perro se hallaba encaramado a su silla favorita, contemplándole con una mirada tan salvaje, que Enfield balbució:

—Bien vamos a...

Su mujer le colocó un dedo en los labios.

—Chist..., lo entiende.

Enfield dedicó al perro una aguda mirada; «Dirk» se lamía las costillas. Enfield empezó a deletrear:

—TENDREMOS QUE DEJAR QUE LO  
ATRAPEN.

Myrna le dirigió una mirada cargada de desesperación.

—¡Nunca nos dejará que...!

El perro volvió la cabeza a su alrededor.

—Chist... —pidió Enfield.

—No podemos permitir que lo cojan —exclamó Myrna, en tono demasiado alto—. ¿Lo has oído, «Dirk»? Nunca permitiremos que te atrapen... —su voz se convirtió en un susurro—. Ahora están en el edificio.

—Entonces, lo cogerán más pronto o más tarde —murmuró Enfield. Tenía la extraña sensación de que el perro sabía que él llevaba veneno en el bolsillo—. Y si vienen, N O S O T R O S L E S D E J A R E M O S...

—¡No! —ella sacudió la cabeza—. He pensado algo mejor.

El perro saltó de la silla y se situó al lado de su cama.

Los tres pegaron un brinco cuando oyeron una fuerte llamada a la puerta.

—Son ellos —susurró Enfield. Luego—: ¿Qué es esto?

Myrna había cogido un objeto peludo de una silla.

—Tu disfraz.

—Estás bromeando...

La llamada a la puerta se había convertido en empujones. Otro minuto, y derribarían el obstáculo.

Myrna trasladó la mirada desde su marido al perro, y éste gruñó.

—No, no bromeo, Norty. Se trata de elegir entre él o tú.

—¡Pero yo soy tu esposo!

Enfield vio, alarmado, que había un batín suyo encima del diván, junto con un pañuelo y una toalla para envolver la cabeza.

—Cariño, tú no puedes...

El perro se dispuso a saltar.

—Lo siento, «Dirk» no me deja otra elección.

La puerta estaba cediendo. Myrna cogió el disfraz de perro, con decisión inexorable.

—Será mejor que te lo pongas sin rechistar.

## LA AVENTURA DEL CLIENTE MARCIANO

Manly W. Wellman & Wade Wellman

*¿No se le había ocurrido pensar que en la época en que Wells sitúa la invasión de Londres por los marcianos («La guerra de los mundos»), Sherlock Holmes tenía abierto su famoso bufete de Baker Street? Pues a los señores Wellman & Wellman sí se les ha ocurrido, y se han preguntado cómo habría reaccionado el genial detective ante un «caso» tan extraordinario. Como es de rigor, dejemos que sea Watson quien nos lo cuente...*

*La guerra de los mundos*, de H. G. Wells es una crónica frecuentemente inexacta, redactada por un conocido radical y ateo, compañero de Frank Harris, George Bernard Shaw y otros peores aún. Exagera sin necesidad y pretende poseer un conocimiento científico del que carece. No obstante, los científicos y los profanos le aplaudieron, al mismo tiempo que se mofaban de las brillantes deducciones de Sherlock Holmes y el profesor George Edward Challenger.

Wells se refiere al magnífico y casi completo espécimen de un invasor conservado en alcohol, en el Museo de Historia Natural, pero pasa por alto la historia de su captura y presentación. Las revistas científicas y la prensa popular no publicaron la prueba del profesor Challenger, según la cual los invasores no eran marcianos. Después de consultar con Holmes, he decidido dar a conocer los verdaderos hechos a la posteridad.

Cuando empezó la invasión, el temor se apoderó de todos los seres humanos, excepto de dos de los más sabios y valerosos que he conocido. Aquel viernes por la mañana cuando el primer cilindro venido de Marte cayó en Woking, yo estaba en Highgate, donde el pobre Murray, mi ordenanza en la Segunda Guerra del Afganistán, se hallaba críticamente enfermo, en su casa. Cuando llegué allí los periódicos y los vecinos me informaron de que unos extraños seres, al parecer procedentes de Marte, estaban destruyendo los suburbios de Londres. Algunos ocupantes de la casa huyeron, sin que jamás supiese dónde ni cuál fue su sino. Du-